

el día en que el ilustrado Ministro de Justicia é Instrucción Pública, que preside este acto, fijando su atención especialmente sobre la condición de la mujer, de la que siempre se ha mostrado decidido partidario, ha nivelado á la profesora normalista con los demás profesionales.

Innumerables son las profesoras que con el cerebro nutrido de útiles y morales enseñanzas han salido de este Plantel para difundir sus conocimientos entre la niñez de toda la República.

Profesión es esta que conviene altamente á la mujer mexicana que quiera ó necesite vivir de su trabajo, y nunca demostraremos toda nuestra gratitud hacia el filántropo patriota que al fundar este templo de enseñanza para que se nos diera instrucción, y á nuestro actual gobernante que no ha omitido ningún medio para el engrandecimiento de esta Escuela, nos han puesto en aptitud de poder repetir aquellas célebres palabras que pronunciara el Divino Maestro:

“Dejad que los niños de acerquen á mí.”

México, Julio 29 de 1899.

REFUGIO GONZÁLEZ GARCÍA

ESTADO QUE GUARDABA EUROPA

EN LA

EPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

SRITA. DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

La historia moderna, dice Ducoudray, se distingue por el desenvolvimiento de tres revoluciones: la primera, política, la segunda económica y la tercera intelectual que cambian completamente la sociedad europea.

Con efecto, al mediar el siglo XIII, en casi todas las naciones del viejo continente había sido sanguinariamente destruído el feudalismo, asentándose sobre sus escombros humeantes las bases sólidas ya de la triunfante monarquía. Aquel tremendo y artero rey á quien los franceses llamaban “nuestro muy terrible Señor Monseñor Luis Onceno,” había unificado y robustecido el trono de la antigua Galia; Enrique Tudor, terminada la estéril y funesta guerra de las Dos Rosas que en sus treinta años de combates costó la vida á 80 príncipes y á casi toda la nobleza antigua, estableció en Iglaterra el poder absoluto de la corona; España logró al fin unificarse bajo el cetro de los reyes Católicos y sacudir el yugo musulmán; y las tremendas luchas armadas que tuvieron por teatro los estados italianos, preparan la gran conflagración de donde de-

bía surgir magnífico y brillante el imperio de Carlos V. “¡Oh Italia! ¡oh Roma! gritaba por entonces Sabonarola, os entregaré en manos de un pueblo que os borraré de entre los pueblos. Van á venir los bárbaros hambrientos como leones.” Pero estas profecías no se realizaron ni fué castigado así el desquiciamiento moral de las ciudades italianas. Por el contrario, florecen allí el Ariosto, Guichardín y Maquiavelo y bajo el papado de León X y el poder de los Médicis despuntó la aurora del Renacimiento y con ella el glorioso despertar del espíritu humano.

Ya desde tiempos anteriores en Oriente poseían agujas imanadas que se inclinaban hacia el Norte, pero en estas brújulas primitivas la aguja flotaba en un vaso de agua sostenida por un corcho. Fué el italiano Gioia quien ideó suspenderla por mitad sobre un eje, de modo que pudiera girar libremente la base de sustentación; y como si desde ese momento se hubiera levantado de improviso un denso velo, una mitad del globo se descubrió al hombre. Con este gran acontecimiento coincidía otro no menos importante: el descubrimiento de la imprenta, que puso la ciencia al alcance de todo el mundo.

Y esto ocurría cuando las mayores garantías que al comercio prestaba el poder monárquico desarrollaban el comercio, y cuando el lujo de las cortes europeas y de la sociedad que renacía reclamaban los más exquisitos productos de la flora, la fauna y la industria exóticas.

Correspondiendo, pues, á las exigencias de actualidad la Ciencia, la Religión y el Comercio estaban vivamente interesados por la solución de un problema, benéfico problema que vino á determinar el más grande, interesante y notable acontecimiento. Tratábase de buscar un paso por mar á las Indias Orientales. Las producciones de esta tan apreciable tierra para los europeos, no llegaban á ellos sino después de largas y penosas travesías que tenían que hacer recorriendo dilatadas comarcas del Asia, por diversos medios de locomo-

ción y escoltadas por caravanas para poder llegar á Constantinopla, de donde acogidas con entusiasmo por los mismos europeos eran transportadas al centro de Europa. Con tal motivo no podían menos que valuarlas en grandes sumas y venderlas con pingües ganancias.

Por esta razón se afanaban cada vez más por buscar un trayecto más corto y más fácil de recorrer.

En Portugal aparece un príncipe, Enrique IV, hombre ilustre, afecto y dedicado desde su niñez al estudio de las ciencias, principalmente al de la Geografía. Fundándose en lo que alguna vez había leído sobre que los cartagineses y fenicios no sólo habían circunnavegado el Africa sino que lograron llegar hasta la India, intentó ir á reconocer las costa de Africa para ver si conseguía descubrir el deseado paso por mar á las Indias. Mas la desgracia puso fin á sus días y no logró ver el fruto de sus pensamientos.

Esta idea algo reformada por los que después de su muerte siguieron su intento, empezóse á popularizar en toda la Europa; y mientras los principales sabios ocurrían á la ciencia y consultaban manuscritos antiguos, aparece un genio hasta entonces desconocido, de cuna humilde, pero de elevados y sublimes pensamientos. Era Cristóbal Colón.

Este ilustre descubridor de la América ha tenido la honra de que como Homero y como Cervantes, varias ciudades se disputen la gloria de haberle dado la existencia, porque aunque se sabe que era natural de Génova, no se tiene noticia cierta de á cuál de las varias fracciones de esa antigua República pertenece la gloria que varias de ellas solicitan. Mucho menos se sabe el año de su nacimiento, pues diversos historiadores han hecho curiosos cálculos y no han podido fijar una época determinada, sus conjeturas vagan en un período que abraza 12 años, de 1435 á 1447. Tampoco se ha podido averiguar quiénes eran sus padres, sólo se ha llegado á saber que su padre era tejedor ó cardador de lana y que á causa de la humilde situación de tan noble familia la mayor parte de ella había abrazado la misma profesión.

Aunque pobremente, la familia pudo sustentar al niño una educación relativamente buena. Con bastante prontitud aprendió á leer y á escribir. Habiendo notado en él una vocación decidida por los estudios de los ramos que constituyen á un buen marino, decidieron enviarlo á Pavía donde adquirió los rudimentos del Latín y los más profundos conocimientos de la Geometría, la Geografía y la Astronomía. A causa de la escasez de recursos de sus padres, no pudieron sostenerlo por más tiempo en los estudios y sale de las aulas á la edad de 14 años para emprender su primer viaje de mar.

La primera vez que Colón se encontró en plena mar sin poder distinguir ya la tierra abandonada, fué cuando surcaba las aguas del anchuroso Mediterráneo.

Poco tiempo después, habiéndose unido con un marino pariente suyo, su vida estaba á punto de terminar en un combate que sostuvieron con unas caravelas; pero la Providencia que lo había escogido para las más altas empresas quiso salvarlo.

Terminado su primer viaje llegó á Portugal donde contrajo matrimonio con una hija de Bartolomé de Perestrello, héroe á quien el Rey había premiado con el gobierno de Porto-Santo y de Madera, islas descubiertas por él en las expediciones portuguesas. Este al morir dejó varios mapas y apuntes que después sirvieron á su yerno para emprender algunos viajes á las costas de Africa y á las islas nuevamente descubiertas. En esta época fué cuando se apoderó de Colón la idea que para siempre había de inmortalizar su nombre. Era la época del Renacimiento, las ciencias salían de los conventos para difundirse entre nobles y plebeyos y los libros de la antigüedad salían de sus sepulcros donde el fanatismo y la ignorancia de la Edad Media los había colocado.

Era también la época de meditaciones para Colón. Creía con algunos filósofos griegos en la forma esférica de la tierra y aseguraba que necesariamente debía existir en el lado opuesto de la esfera terrestre, tierras que contrapesasen el continente conocido.

Por otra parte Tolomeo afirmaba que la tierra era plana, que permanecía inmóvil y que todos los demás astros giraban al rededor de ella.

Colón, confiando en su creencia, pensaba que siendo esférica la tierra podía, partiendo de un punto y caminando siempre en la misma dirección, llegar al punto de partida por el rumbo opuesto á aquél por donde había salido. En cuanto á la distancia que tenía que recorrer estaba equivocado, pues la suponía mucho más corta de lo que es en realidad, porque hasta entonces no se tenía noticia alguna acerca de la extensión de la superficie del globo. Si á estas creencias de Colón añadimos los conocimientos que adquiría con la lectura de los libros de los viajeros anteriores á él, la fabulosa Atlántida y la existencia de algunas islas como la de Zumpango y la de Brandán, se comprende fácilmente que todos estos relatos despertaban en su ánimo el presentimiento de que no era absurda la idea que acariciaba.

Tan luego como Colón concibió la idea de que su proyecto era realizable, comprendió que necesitaba del auxilio de un Estado poderoso. Nueva serie de inconvenientes se le presentaban, pero con toda la paciencia y constancia suficientes de un hombre grande en sus empresas, después de ser desdeñado por los de Portugal y hasta por los Senadores de su propia patria y después de ser burlado y calificado con el título de visionario, vuelve sus ojos al fin á España, siempre receloso de una nueva repulsa.

Quiso la fortuna que allí aceptaran su proyecto, pues en esa época podía decirse que España existe, contaba con dos reinos poderosos: Castilla y Aragón unidos definitivamente á causa del casamiento de Fernando, rey de Aragón é hijo de Juan II, con Isabel proclamada reina de Castilla.

Estos reyes temerosos de que fuera una empresa quimérica la de Colón, propusieronle que compareciese ante una junta de sabios ó teólogos que debía reunirse en Salamanca á fin de examinar su proyecto. Aceptóla Colón teniendo verifica-

tivo por el año de 1486. Estuvo compuesta en su mayor parte de teólogos que acabaron al fin por desaprobar todas las opiniones de Colón, pues á tal grado llegaron, que no solamente consideraban sus ideas como falsas sino como heterodoxas, contrarias á la religión.

En discusiones y contratiempos como éstos, Colón permaneció cinco años en España, pero cansado de ser únicamente pretendiente, hacía ya sus preparativos para dirigirse á Inglaterra, cuando un correo de Isabel la Católica le anunció que se le llamaba para firmar un contrato que contuviese las bases bajo las cuales se emprendería el descubrimiento.

Firmado este convenio inmediatamente se dirigió á Palos, donde unidos sus esfuerzos á los de los Pinzones, pudo pronto disponer la expedición. En pocos días se reunieron 90 hombre y tres naves tan pequeñas, que se podían comparar, según Washington Irving, á los buques de ríos y de costas de nuestra época, tuvieron por nombre la mayor Santa María, cuyo mando tenía Colón, y las otras dos la Pinta y la Niña.

Concluidos estos preparativos lo primero que hicieron los expedicionarios fué ponerse en manos del Sér Supremo, fueron á la Iglesia de Santa María de la Rábida y después de confesar y comulgar en la mañana del 3 de Agosto de 1492, se embarcaron á la vista de varios espectadores que entre lágrimas y sollozos los encomendaban al cielo.

Una vez llegados á las Canarias, salieron de ahí para aventurarse en ese océano misterioso y desconocido, cuyas aguas iban á ser por primera vez surcadas por una nave europea. ¡Cuán conmovedora é incomparable situación fué la de aquellos 90 hombres, que sin un solo mapa que pudiera servirles de guía, se entregaban en frágiles embarcaciones al mando de un aventurero á quien todos llamaban visionario! Luego que perdieron de vista las últimas señales de tierra, estos hombres entraron en tal desaliento, que algunos de ellos casi lloraron. Mientras más avanzaban hacia el Occidente era mayor su impaciencia y sobre todo la desconfianza de aque-

llos que pocos días hacía se habían mostrado tan animados; pero Colón, con la inteligencia de que Dios lo había dotado, pudo por medio de ingeniosas invenciones explicar á sus compañeros la causa de todo acontecimiento sobrevenido ó que pudiera sobrevenirles.

Mas como los días pasaban, los fenómenos se multiplicaban cada vez más y la tierra prometida no parecía, la mayor parte de los viajeros pasaron de las lágrimas á las amenazas. Después de muchas insubordinaciones, los más atrevidos, de pie firme delante de Colón y con palabras descompuestas é injuriosas le obligaban á regresar á España. Intentaba con sus discursos acostumbrados calmarlos, pero los más altaneros le interrumpieron gritando que estaban dispuestos á todo si no accedía á sus peticiones inmediatamente. Este fué quizá para Colón el momento de su vida de mayor ansiedad y tribulación. Mas adivinando que ya las tierras buscadas estaban cerca, propuso á los amotinados le siguiesen durante otros días, al cabo de los cuales, si no lograban nada, les prometía solemnemente regresarían todos para Europa.

Una noche que consultaba sus mapas, creyó ver una luz que aparecía y desaparecía; mas temeroso fuera efecto de su preocupación, llamó á dos ó tres personas para que rectificasen su visión; mientras éstas se ocupaban en confirmar la alucinación de Colón, toda la flota se extremece al grito de ¡tierra! lanzado desde la Pinta.

Al día siguiente, cuando el crepúsculo de la mañana disipaba las tinieblas de la noche, los viajeros, movidos por una misma pasión, lanzaron al unísono un grito de admiración y de gozo al contemplar la hermosa realidad que á sus ojos se desarrollaba. A seis millas de distancia aparecía una isla fresca, virgen, lozana y que superaba en belleza aun á las más bellas comarcas de Europa.

A la vista de este espectáculo, los viajeros se volvieron suplicantes y humildes á Colón y los amotinados de ayer, se postran ahora ante aquel hombre extraordinario rogándole

perdonase sus faltas. Colón, siempre lleno de dulzura, los perdona y como recompensa de sus faltas cometidas los invita á pasar á la isla; él fué el primero que puso sus pies en la tierra descubierta, besóla y después tomó posesión de ella en nombre de los reyes de España. Dióle por nombre San Salvador en memoria de haber sido la isla que primero lo había libertado.

Prosiguiendo siempre sus viajes, llega hasta las islas de Cuba y Santo Domingo. Aquí pregunta á los naturales de dónde extraían el oro con que se adornaban, respondieronle que de un país llamado por ellos Cibao. Intentaba visitar esta opulenta isla cuando la pérdida de una de sus naves lo obligó á regresar á Europa.

Grande sensación había causado en Europa la noticia del descubrimiento de nuevas tierras. Al llegar Cristóbal Colón á ésta, tanta fué la admiración de la Corte á la vista del oro y de las producciones que aquel admirable genio llevaba consigo, que inmediatamente buscaron la manera de que nadie pudiera disputarle en lo sucesivo la posesión de la isla descubierta ni la de las que en adelante se descubrieran.

Apenas descubierto el Nuevo Mundo, los conquistadores miraron en él un inagotable venero de riquezas, no sólo por las que en su seno contenía, sino por el comercio de esclavos que podía proporcionarles. Colón, ese genio cuyas virtudes ensalza la historia, quizá por debilidad de carácter consintió los primeros días en aquella trata de carne humana.

Pero felizmente y para gloria de la humanidad ocupaba el trono de España la magnánima Isabel la Católica.

Sin la inquebrantable energía de Isabel, sin sus peculiares rasgos de magnanimidad, sin el dulce cariño que profesaba á los entonces llamados indios y sin el poderoso influjo que su ejemplo causó en los que después de ella gobernaron, los mercados de Europa, de Asia y de América se hubieran henchido de esclavos de México.

La poderosa mano de Isabel y su primer acto de justicia

con los indios y de rigor con su protegido, fueron las causas que vinieron á cambiar el curso de los acontecimientos. Esta reina, en el hogar, con la rueca y la aguja, ejemplo de las más nobles de la monarquía; en el tribunal ejemplo de justicia y rectitud y en el campo de batalla ejemplo de valor y entusiasmo, fué la mano bienhechora que fijó de una vez para siempre las relaciones que debían mediar entre los reyes españoles y los habitantes del Nuevo Mundo.

Ella fué la que proclamó la libertad de los indígenas declarándolos vasallos y no esclavos, y ella fué la que desde su lecho de muerte, ya próxima á abandonar el mundo, lega como una sagrada obligación á los que le sucedieron la protección y el dulce trato á los vasallos. Si clérigos codiciosos ó ávidos encomenderos osaran burlarse del recuerdo de Isabel, volviendo á someter á los infelices indígenas al yugo á que antes estaban sujetos y haciéndoles trabajar inhumanamente hasta verles morir de fatiga y de dolor, estos hechos criminales en nada opacan el brillo á que es acreedora tan notable reina, y si la humanidad fuese reconocida y justa debería, antes que á Cristóbal Colón, levantar monumentos de imperecedera duración á la mujer que siendo modelo de reinas, esposas y madres, supo como Hidalgo y Juárez luchar siempre, hasta la muerte, por uno de los más grandes y sagrados derechos del hombre: la libertad.

Hemos indicado ya que la corona española, temerosa de perder los países descubiertos por Colón, puso los medios que á su juicio eran más ocasionados á conservarlos y entre ellos el más curioso fué el de recurrir á la autoridad pontificia en solicitud de la concesión de dichos países. Alejandro VI, Papa en aquellos días, expidió la Encíclica conocida con el nombre de bula inter-cætera, por la que dividiendo en dos partes la esfera terrestre regalaba la una á España y la otra á Portugal, con el fin, decía, de que "las bárbaras naciones que se descubran sean deprimidas y sujetas á la fe católica" concesión de tierras y de almas que fué hecha desde entonces y á perpetuidad y que Hidalgo fué el primero en nulificar.

Los nobles propósitos de la generosa Isabel relativos á que los indios fuesen considerados como vasallos, estuvieron luego tan desobedecidos, que el gran emperador Carlos V se vió en la necesidad de expedir su real orden de 19 de Noviembre de 1526, por la que se señalaban penas muy graves para los detentadores de la libertad de los aborígenes de la Nueva España.

Difícilmente puede uno prescindir de copiar siquiera sea algunos fragmentos de ese monumento de clemencia y de justicia que no halló eco en el empedernido corazón de los conquistadores.

“Por cuanto somos certificados, decía el emperador, y nos es notorio que la desordenada cobdicia de algunos de nuestros súbditos que pasaron á nuestras islas é tierra firme del Mar Océano, por el mal tratamiento que hicieron á los indios naturales en las minas de sacar oro y en las pesquerías de perlas y en otras labores y granjerías, haciéndoles trabajar excesiva é inmoderadamente, no les dando el vestir ni el mantenimiento necesario para la sustentación de sus vidas, tratándolos con crueldad y desamor mucho, peor que si fueran esclavos. Lo cual todo ha sido causa é lo fué de la muerte de gran número de ellos, en tanta cantidad, que muchas de las islas y parte de tierra firme quedaron yermas y sin población alguna.

“Ordenamos y mandamos que ninguno pueda tomar ni tome por esclavos á ninguno de dichos indios.

“Si no obedeciereis ó en ello dilación maliciosamente pusiereis, certificoos que con el ayuda de Dios yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas partes y manera que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad y tomaré vuestras mujeres y hijos y los haré esclavos y como tales los venderé..... y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los daños y males que pudiere como á vasallos que no obedecen á Su Señor y le resisten y contradicen.”

¡Noble, grandiosa y alta indignación del príncipe cristiano contra los insaciables conquistadores! Pero éstos lograron por medio de artificios, engaños y supercherías librarse de la cólera de Carlos V, ilusoriar el celo paternal del Consejo de Indias, desoir las evángélicas exhortaciones de Fray Bartolomé de las Casas y sumir al indio en una noche intelectual y moral de cuyas sombras no había logrado sacarlo por completo ni la obra de Hidalgo, ni el colosal esfuerzo de Juárez, y que ahora se ilumina con plena luz, gracias á la difusión de la enseñanza pública, glorioso término y remate de la felicidad y grandeza de las naciones.

Descartado el natural horror que inspiran las atrocidades del Gobierno Colonial y considerado el descubrimiento de América como una evolución histórica de la humanidad, hay que estimarlo como el suceso más trascendental de los tiempos modernos y entonar en su alabanza los más entusiastas loores.

México, 29 de Julio de 1899.

ISABEL CÓRDOVA.